

1.

Al entrar, se sentó en la misma esquina de siempre.

Era jueves y el bar estaba algo más concurrido de lo habitual. Sonrió en su interior. Cuando hay gente se disimula mejor la soledad, aunque todos ellos sean unos completos desconocidos. De cualquier forma, cuando saliera de allí todo iba a seguir siendo igual. Tras tomarse media docena de pintas de *Guinness* y cuatro o cinco cubatas de *whisky*, volvería a su cuchitril de la calle Fuencarral para dormir hasta bien avanzada la mañana, y para sufrir, después, la rutina envuelta en una resaca insoportable hasta que llegara de nuevo la salvación de la noche. Ése era su *momento*, el único consuelo del día: las tres horas que pasaba sentado en su butaca del final de la barra del *Molly Malone's*, bebiendo pintas de cerveza, guiñándole el ojo a Lauren —a Johanna los fines de semana— y bailando algún *blues* de los Rolling, que le dedicaba Juanjo, el tío que pinchaba. Lo hacía sin moverse del asiento, cuando ya estaba completamente borracho. Entonces, con los ojos cerrados, se meneaba suavemente mientras Keith acariciaba con mimo su *Gibson* y Mick susurraba con lentitud el *blues* de la *Sweet Virginia*.

Lauren le tenía estima. Ella era alta, rubia, con los ojos de color marrón claro y una sonrisa arrebatadora. Pero además de su innegable atractivo, ella tenía algo especial. No era como las demás camareras. Nunca hablaba con los clientes, a no ser que fueran habituales, y que

ella considerara que merecieran ese honor. La segunda vez que alguien se acercaba a la barra ya sabía quién era, y qué bebía. Sin embargo hasta la cuarta o quinta vez no le preguntaba el nombre. Una vez que ocurría eso, ya nunca lo olvidaba.

El Coronel asomaba la cabeza de vez en cuando desde la bodega, y sonreía al ver a Sanders contonearse encima de su asiento. Las conversaciones filosóficas entre los dos eran habituales a partir de la cuarta pinta. Sin embargo, cuando Sanders se pasaba a los *whiskies* y empezaba a rajar contra su mujer, la conversación solía decaer. Entonces se retiraba disimuladamente y lo dejaba solo, en su rincón, maldiciendo en soledad y levitando al son de la música.

Desde que se hizo con los mandos del local las cosas habían cambiado mucho: el Coronel sabía manejar el cotarro. Había convertido un *pub* de encuentro habitual de adolescentes durante los fines de semana —y abogados y demás fauna laboral entre semana—, en un garito de culto. Todo el mundo era bienvenido, aunque la propia música hacía su selección natural. Nunca estaba a reventar, pero nunca faltaba gente. Así es como debía ser. Además, la clientela era muy fiel, y muy borracha, condiciones indispensables para que un negocio como ése funcionara a las mil maravillas.

Había quedado con él a las once y media. Eso significaba que llegaría más o menos al acabar la tercera cerveza y, efectivamente, nada más posar el vaso en la barra, tras apurar los últimos sorbos, apareció por la puerta. Vestía un traje de *sport*, una especie de sombrero antiguo en la cabeza y la gabardina beis de Humphrey Bogart con las solapas levantadas. Tras unos segundos de duda, se decidió por fin a entrar. Miraba a diestro y siniestro buscando al objetivo, como un *terminator* analizando el panorama con su vista artificial. *Maldita sea*, maldijo Sanders al verle acercarse, *sólo le falta un cartel y la pistola asomando por el pantalón. Estos novatos son todos iguales.*

—El perro de San Roque no tiene rabo —le susurró al *novato* cuando pasó por su lado.

—¿Cómo dice?

—Joder, que pareces el puto *cerocerosiete*. Anda, vamos adentro. Pídete algo, y ten cuidadito con la irlandesa. Dile que me ponga a mí un *Ballantines*.

No se le ocurrió otra cosa que llamarle *cariño*, y el improprio que le dedicó la camarera se pudo escuchar en todo el local.

—Te lo dije, pardillo.

—Ufff..., por un momento pensé que me iba a tirar la copa encima.

—Lauren es una fuera de serie, pero si la pillas torcida es mejor quitarse de en medio —dijo Sanders, mientras se encendía un cigarro y expulsaba la primera bocanada de humo—. Has tenido suerte de que no te haya soltado una leche.

Hizo una pequeña pausa, mientras observaba al *novato* con detenimiento. La mirada, la forma de sentarse, los andares, si fumaba o no, la manera de beber, los movimientos de las manos, todo era importante. No valía cualquiera para ese tipo de trabajos, y la primera impresión era fundamental. En eso se equivocaba muy pocas veces. Sanders podría ser un perdedor y un borracho, y muchas otras cosas, pero era el mejor en su trabajo. Su olfato nunca le había fallado. También tendría que funcionarle ahora.

—Rodolfo Sanders —dijo finalmente, alargándole la mano—. Sanders para los amigos. Y para los enemigos.

—Salvador Estrada. Puedes llamarme Salva.

—Veamos —sacó de la chaqueta un pequeño dossier, y sus gafas para ver de cerca. Hizo un repaso protocolario, porque evidentemente a esas alturas ya lo sabía todo sobre él—. Impresionante —dijo, mientras tiraba con desdén el dossier encima de la mesa—. Esto te ha servido para estar aquí, pero a partir de ahora, toda esta colección de títulos, todas estas universidades de niño pijo, todas tus marcas de *Superman*, no te van a servir para nada. Me da igual que seas más

listo que el maldito Einstein, que midas dos metros o que tengas una polla de treinta centímetros. Ahora, ante mí, no eres más que un mierda. Tenlo claro, chico.

—Sí, hombre, muy claro. Tú eres el amo y yo soy una rata.

—Menos que una rata.

—Menos que una rata...

—Una negra, sucia y repugnante cucaracha maloliente. Cualquier rata te podría dar una orden, y tú deberías cumplirla. Cualquier persona que lleve con nosotros tan sólo un mes, aunque sea el chico de los recados, ya es más que tú. Así funcionamos aquí. Si tienes algún problema con esto, ahora, o cualquier día, estás fuera.

—Está claro, Sanders.

—Muy bien, chico. Ahora vamos al tema. ¿Sabes dónde te vas a meter?

—El Hombre me dijo algo, claro.

—Te vas a meter en la boca del lobo. Te vas a meter en una organización que tiene el mayor ratio de cabrones por metro cuadrado de todo el maldito universo. Ellos creen que son *los buenos*, claro, pero son todos unos hijos de puta. Todos. Sin excepción. Te vas a meter en una organización que no protege ni a los novatos, ni a sus miembros más antiguos; ni a los mejores, ni a los peores, y eso que allí nadie es *peor*. A nadie. Son la élite de los cuerpos de seguridad del Estado, pero cualquiera de ellos podría desaparecer si la Organización de Asuntos Internos considera que eso es *conveniente* para el país. Y ocurre, créeme, desaparecen sin dejar rastro. Eso son ellos. Una panda de cabronazos.

—Pero nosotros somos *los malos*...

—No necesariamente. Luchamos por una causa, que a nosotros nos parece buena. Lo bueno y lo malo siempre es relativo.

Sanders le dio un largo sorbo a su copa y se aseguró otra vez de que no hubiera nadie demasiado cerca.

—Escúchame bien, Salva, lo que te quiero decir es que vas a correr un gran riesgo. Si no tienen compasión con los suyos, imagínate lo

que harán con las ratas, con las *cucarachas* infiltradas. Te eliminarán a la más mínima duda que tengan. Y no te saldrá gratis. No será: *vaya, qué putada, me van a matar*. Si te pillan no *te van a matar*, primero te van a destrozarse para que cuentes por esa boquita hasta la primera paja que te hiciste.

Él se quedó mirándolo, pensativo, mientras terminaba de un trago su cubata.

—Para esto he venido. ¿Qué pretendes, que me eche atrás?

—No, chico, sólo te estoy diciendo que esto es muy serio.

—Ya lo sé. Ya sé que es muy serio, pero yo creo en vuestra causa, en *nuestra* causa, y creo que somos nosotros los que vamos a servir de verdad al país. Además, no me van a pillar. Soy muy listo, Sanders, mucho más de lo que puedan reflejar unos papeles.

—Por eso estás aquí —dijo Sanders, indiferente. Después buscó entre los papeles de la carpeta y sacó una foto en blanco y negro—. ¿Conoces a este hombre?

—Ni idea.

—Éste es tu hombre en la Organización. Se llama Evaristo Cifuentes. Es el único eslabón débil que hemos encontrado en la cadena. Es un tío muy peligroso y no tiene un pelo de tonto. Pero tiene un punto débil: el juego. Hemos conseguido colarte gracias a eso. Sus referencias son las mismas que tenemos nosotros, así que en ese aspecto al menos no mentiremos demasiado —volvió a echar un vistazo al dossier con los datos de Salva y levantó las cejas, algo sorprendido—. ¿En serio que saltas todo eso?

Salvador se reía mientras asentía con la cabeza.

—Tío, eres la puta rana saltarina —sacó otra foto de la carpeta—. Y qué me dices de ésta, ¿sabes quién es?

—¡Vaya! Menuda preciosidad. ¿De dónde ha salido?

—No ha salido de ningún sitio. Se llama Alicia Iraola, y no es ninguna preciosidad. Esta mujer es una auténtica hija de puta.

—Claro, no podía ser otra cosa.